

dieran alzarse por rivales de Esparta. Los Arcadios, apesar de su valentia, no pudieron salvar á Fegea, una de sus principales ciudades; los Argivos, se veian despojados de una porcion de su territorio. Los pueblos de Elida y Acaya, si bien no ejercian influencia mayor en el Peloponeso, conservaban sin embargo su independencia y estaban enlazados por cierta federacion.

Esparta, apesar de su pujanza quedaba ceñida al rango de potencia continental; corto era á la verdad el número de buques que poseia.

Las ciudades marítimas de Grecia eran: Corinto, ventajosamente colocada entre ambos mares, que rendian tributo á su comercio; Megara y Egina, rivales porfiadas de Atenas, por último Atenas, no menos temible por sus fuerzas navales, que por sus ejércitos de tierra, los cuales le habian grangeado superioridad sobre todos los pueblos de las provincias limítrofes, de Fócida, Beocia y Lócrida.

Razon tenia la Grecia en mostrarse orgullosa al contemplar sus propias fuerzas, una constitucion vigorosa regia las dos ciudades prepotentes de Esparta y Atenas, las cuales al libertar por sí solas á toda la raza Helenica, merecieron ejercer despues sobre ella su completo dominio. Jamás se vió desplegado con mayor lustre el noble carácter de un pueblo, cuyo poderío se cifraba completamente en el patriotismo y en el amor á la libertad. Al aspecto de algunos millares de hombres, por una parte, prestos á morir por su país; y por la otra, al de millones de soldados conducidos como turbas de esclavos bajo el azote de su tirano, fácil era de preveer á donde se ladearia la victoria.

## CAPITULO XIII.

HISTORIA DE LA GRECIA Y DE LA PERSIA EN TIEMPO DE LAS GUERRAS MÉDICAS.

## SUMARIO.

- § 1.ª Revuelta de la Jonia. Aristágoras. Hístico. Los Atenieses reducen á cenizas la ciudad de Sardes. Derrota de los Jonios; asolamiento y sujecion de la Jonia. Dario envia á Mardonio á Grecia por la via de Tracia; reveses. Segunda expedicion. Datis y Artafernes. Espanto en Grecia. Los Atenieses y los Plateenses en Maraton. Victoria de los Griegos. Milicias: ingratitude de los Atenieses. Temístocles. Sus primeras hazañas. Invasion de Jerjes. Leonidas en las Termópilas. La Grecia asolada. Temístocles y Eufriades en Salamina: derrota de los Persas. Artemisa. Fuga de Jerjes. Batallas de Platea y de Micala.
- § II. III. Temístocles restaura las murallas de Atenas. Aristides, Pausanias; ventajas que logra; su trahicion. Cimon. Guerra en Asia contra Artajerjes-Longimano. Glorioso tratado impuesto á los Persas.
- § I. DESDE LA REVUELTA DE LA JONIA HASTA LAS BATALLAS DE PLATEA Y DE MICALA.

En la Jonia, porcion griega del Asia-menor cuajada de colonias europeas, comenzo á trabarse la lucha. Ya desde los tiempos de Ciro los Jonios sufrían la dominacion Persa; y en los anhelos por alcanzar su independencia, acechaban la ocasion oportuna para sacudir el yugo: la ambicion de *Aristágoras* hizo estallar la insurreccion. Este hombre que mandaba en Mileto en nombre de su pariente *Hístico*, á quien Dario confiaba el gobierno de aquella ciudad importante, quiso sacar provecho de las turbulencias que reinaban en la isla de Nacсос, y enseñorearse de ella, emprendiendo al efecto una formidable expedicion contra los Nacsiotas; pero luego de ser derrotado; y persuadido que su mala estrella le acarrearía

que les protegía al propio tiempo contra el riesgo de ser envueltos por el enemigo. A la primera señal, los Griegos se lanzaron á cruzar el terreno que les separaba de los Persas; quienes atónitos al observar un género de combate tan desusado en entrambas naciones, permanecieron inmóviles algunos momentos; mas no tardaron en contrastar á la impetuosa furia de sus enemigos con otra clase de furor, bien que tranquilo, no menos formidable. Tras algunas horas de combate porfiado, ambas alas del ejército griego comenzaron á fijar la victoria. La derecha dispersa á los enemigos por la llanura, la izquierda les obliga á replegarse en un terreno pantanoso que ofrecía á la vista el aspecto de una pradera y quedan encenagados en el lodazal. Entrambas alas vuelan al socorro de Aristides y de Temístocles que, luchando con las mejores tropas de Dario, colocadas en el centro de batalla, se hallaban en una situación comprometida. Desde aquel momento la derrota se hizo general: rechazados los Persas de toda la línea, no hallan otro asilo que guarecerse en su flota, atracada á la rivera. El vencedor persigue á los fugitivos armado con el hierro y el fuego, se apodera, incendia, echa á pique multitud de buques enemigos, los demás, hacen fuerza de remos y logran salvarse.» (Barthelemy), Hippias que conducía á los Persas y combatía en sus filas, fué hallado entre los muertos (490).

Ocupado Dario en castigar una revolucion ocurrida en Egipto hubo de conceder á la Grecia muchos años de tranquilidad: inmensos sin embargo eran los aprestos que contra la misma habia reunido, cuando le alcanzó la muerte, en cuyo trance recomendó á su hijo Jerjes que no echara en olvido el ultraje de Maraton (485).

Atenas, que habia salido vencedora casi por sus fuerzas solas, Atenas que habia salvado la Grecia entera, empañó su gloria cuando disfrutó de la paz; Milciades, el héroe de Maraton, derrotado en un ligero combate, fué arrojado á un calabozo como un criminal y murió allí de miseria. Aristides, hombre probo cuya acendrada virtud le constituía árbitro de la república, y lumbrera de los tribunales mismos, fué desterrado de Atenas: «El hombre te habrá ofendido en algo? preguntó Aristides mismo á un ciudadano que votaba por su destierro—Ni le conozco le respondió el Ateniese, pero aburre de oír siempre el justo:

de esta suerte se dejaba traslucir aquella increíble veleidat del pueblo ateniense, que ocasionó posteriormente su ruina; mas á la sazón todavía dominaba en ella el patriotismo. La muerte ó el destierro de los grandes hombres de Atenas, no la privó de hallar un sucesor, en la persona de *Tamístocles*, hombre astuto, elocuente y de gran valor, que habia dado distinguidas muestras de sí en la batalla de Maraton. Aunque quizás no del todo inocente en el destierro de Aristides, impulsado por la emulacion del poder, supo hacer olvidar los arranques de su ambicion, cooperando á la salvacion de su patria. El supo decidir á los Atenieses á emplear gruesas sumas para la construccion de una marina poderosa; mediante la cual pudo destruir las fuerzas navales de Egina, pueblo de piratas, que infestaban de muchos años atrás las aguas del Archipiélago. Ocupose al propio tiempo y con grande actividad en ejercitar las tropas, en arreglar la administracion pública y en estrechar la alianza con los estados vecinos. Cumplidos estaban todos los preparativos cuando Jerjes apareció: el gran rey se puso en marcha para vengar el oprobio de su padre (481): reunió de todos los puntos de su vasto imperio un número extraordinario de soldados: el Helesponto entero quedó cuajado de sus buques, y habiendo echado un puente de barcos para reunir ambas riberas, al verle Jerjes destrozado por el ímpetu de las olas, hizo azotar el mar y arrojarle cadenas. Restablecióse el puente y el ejército persa tardó siete dias y siete noches en cruzarle. Separó por medio de un ancho canal el monte Athos del continente para que embocase por allí la flota, y la Grecia se vió inundada por muchos millones de hombres.

La consternacion fué general. Animado el ejército Persa por los vaticinios favorables de los adivinos, internábase por la Tracia, y su invasion se asemejaba á una marcha triunfante. Los pueblos llenos de estupor corrian de todas partes á someterse al gran rey; los Tesalios, los Tebanos, los Argivos imploraron su clemencia; y el oráculo no acertó ya á dar sino respuestas evasivas. Pero no todos los griegos habian desesperado de la salud de la patria. Congregados los diputados de varias repúblicas en el istmo, abjuraron las animosidades particulares que les dividian, y puestos de acuerdo tomaron las medidas

necesarias para acudir á la defensa general, y pidieron socorros á las colonias de Italia y de Sicilia; pero los guerreros de Atenas y de Esparta contando sobre todo en su propio valor, se comprometieron á morir antes que someterse al enemigo. *Leonidas*, rey de Esparta, pasó á colocarse en las Termópilas: *Temístocles* el ateniense, á quien *los trofeos de Milciades no dejaban conciliar el sueño*, mandaba asociado con el Esparciata *Euribiades* una flota, que cruzaba en las aguas de Eubea. Sin embargo, *Jerjes* continuaba avanzando y al llegar á las Termópilas manda á decir á *Leonidas* que entregue las armas. «Ven á buscarlas,» responde el héroe; y *Jerjes* furioso ordena á sus soldados que exterminen aquel puñado de insolentes. Mas todos los ataques fueron inútiles: multitud de persas sucumbieron en el desfiladero, y de poca ventaja les servia su prodigioso número «y el gran rey pudo convencerse plenamente de que tenia á sus órdenes muchos hombres, pero pocos soldados» (Herodoto)

La traicion corrió al socorro de los Persas; cierto pastor indicó á *Jerjes* una senda oculta que cruzaba la montaña por entre las peñas y la maleza, y bien pronto supo *Leonidas* que lo mas florido de las tropas persas habia descendido á la llanura. Al recibir tan enojosa noticia despacha á la mayor parte de sus compañeros y puesto al frente de sus Esparciatas y de un puñado de Fespianos, decididos á compartir su suerte, se lanza en el corazon de la noche sobre el campo de los Persas; arrolla los puestos avanzados, penetra hasta la tienda del rey, á quien obliga á ponerse en fuga, mas con sus trescientos compañeros sucumbe, no sin haber antes degollado á veinte mil de los soldados de la Persia. Mucho tiempo despues pudo leerse en las columnas, que se elevaron en las Termópilas, esta sencilla y noble inscripcion: caminante di á Lacedemonia que aquí yacemos muertos por obedecer á sus leyes.

Como quiera, el paso habia sido forzado y *Jerjes* comenzó á solar la Grecia. Bien comprendió *Temístocles* que era necesario ceder al torrente y no oponerle resistencia. La respuesta de un óráculo ordenó á los Atenienses que se retirasen detrás de los muros de madera; *Temístocles* que quizás habia dictado esta contestacion, la interpretó conforme convenia á sus planes. Trasladó á

todos los Atenienses á bordo de los buques, y la ciudad de *Minerva* fué entregada á las llamas por el enemigo, mientras que sus valientes ciudadanos se preparaban á coronar su sacrificio con un generoso esfuerzo. *Temístocles* á quien se encargó el mando, se mostró digno de obtenerle, en *Salamina*.

Reunió al efecto todos los buques de la Grecia en un estrecho, que no se prestaba sino muy trabajosamente á los ataques de la flota de Persia. *Euribiades* el Esparciata, émulo de las primeras victorias de *Temístocles*, se opone á todos sus proyectos y llega hasta el extremo de levantar el baston contra el Ateniense: «dá, pero escucha» responde *Temístocles*, y esta entereza impone respecto á su adversario, y deja triunfante á una oposicion de la cual dependia la salvacion de la Grecia. *Aristides*, el desterrado, olvidó sus propias injurias al contemplar el riesgo comun: presentose á *Temístocles* la vigilia del combate, y le ofreció el auxilio de sus luces y esperencia. Las naves de los Persas atacaron desordenadamente á la flota griega, que estaba en linea en un reducido espacio, y embarazadas aquellas por su multitud misma, fueron echadas á pique por las galeras griegas. Los marinos de Jonia y de Caria, que *Jerjes* forzó á empuñar las armas contra su patria fueron los unicos que lucharon con aventajado valor. La Reyna de los Carios, *Artemisa*, no recurrió á la fuga sino tras una intrépida defensa. Pero todo cedió, y la victoria de los Griegos fué completa. *Jerjes* que ufano creyó presenciar un triunfo, fué desde su mismo trono testigo del desastre. Huyó á toda prisa, y un rey que habia cubierto el mar con sus navios, regresó á Asia en la navecilla de un pescador, dejando á sus espaldas á *Mardonio* y trescientos cincuenta mil combatientes (480).

Atenas fué la que reportó la victoria en *Salamina*; la Grecia entera quedò reconocida á tan importante servicio; Esparta misma prodigó á *Temístocles* brillantes honores; y como ella habia principiado la guerra quiso tomar á su cargo el concluirlo. *Pausanias*, rey de los Esparciatas, se adelantó contra *Mardonio* al frente de todas las fuerzas conuinadas del Peloponeso, que ascendian á ciento y diez mil hombres, entre los cuales se notaban los valientes soldados de *Tegea*. *Platea* fué testigo de otro triunfo re-

portado por los Griegos: el número de los bárbaros se estrelló contra el disciplinado ejército de Pausanias; Mar donio, que habia combatido como un valiente, pereció á manos de un Esparciata, y su muerte sembró la confu sion en las líneas de los Persas, que huidos en desor den hacia su campamento, y sostenidos en él por ciertos griegos á quienes la envidia habia hecho empuñar las ár mas contra sus compatriotas, probaron de defenderse. La llegada de los Atenienses puso término á esta postre ra resistencia: el ejército enemigo fué destrozado y dis persado totalmente (479). Cada nacion erigió un mauso leo á los guerreros muertos en tan gloriosa jornada, y á peticion de Aristides, la asamblea de los gefes dió un de creto, ordenando « que cada año los pueblos de la Gre cia enviarian diputados á Platea para que con sacrificios magnificos honrasen la memoria de los que perecieron, en el combate; y que los plateenses serian respetados co mo nacion inviolable y consagrada á la divinidad. » ¡ A qué subido punto semejantes honras no debieron levantar el patriotismo de los Griegos!

El dia mismo en que ocurrió la batalla de Platea, las flotas combinadas de Esparta y de Atenas aniquilian completamente la de los Persas, junto al promontorio de *Micala*. Este duplicado conflicto puso fin á la guerra. La Grecia proclamó con toda solemnidad la independenciam de las colonias griegas, y desde entonces el Asia comen zó à verse amenazada. Jerjes contempló la humillacion su frida por sus armas, sin que fuese poderoso para ven garla, y murió poco despues asesinado por un sátra pa (472).

§ II. DESDE LAS BATALLAS DE PLATEA Y MICALA HASTA LA CONCLUSION DE LA GUERRA DE MEDIA.

Esparta y Atenas acrecentaron su pujanza mientras duró la guerra que sostuvieron por sus propios esfuerzos. Atenas llegó á un grado elevado de poder y dejaba co lumbrar las pretensiones que abrigaba de aspirar al do minio de la Grecia. Poco satisfecha con restaurar los edi ficios, que la guerra derribara y adornarlos con los ricos despojos de los Persas, quiso ponerse á cubierto de todo ataque sucesivo, y levantar fortificaciones muy estensas,

Este proyecto despertó los recelos de Esparta y de los de mas pueblos, que prohibieron á los Atenienses conti nuar en sus trabajos. Mas Temístocles supo llevarles en gañados por una negociacion falaz, y al paso que envia do en persona en clase de embajador á Esparta, calmaba con su persuasiva elocuencia los recelos del Senado, en Atenas, hombres, mugeres, niños, el pueblo entero, trabajaban sin descanso dia y noche en levantar los mu ros, y empleaban por materiales las piedras de los edificios públicos, de los templos, y hasta de los sepulcros; y cuando los Espartanos echaron de ver el ardid; estaban concluidos los muros, y unida Atenas con el puerto de Pireo por un largo lienzo de muralla: en aquel puerto Temístocles hacia construir cada año sesenta galeras. Es parta no perdonó sus amaños al vencedor de Salamina. Apoyada en sus intrigas por la recelosa ingratitud de los Atenienses, arrojó á este grande hombre á los estados del rey de Persia; en donde sucumbió á la fuerza de un veneno que el mismo se propinó para no verse obligado á empuñar las armas contra su patria.

La invasion quedaba repelida, pero los Griegos no de bían conceptuarse completamente vengados, mientras que la Grecia fuera el único teatro de la guerra; resolvieron pues trasladarla al Asia. Las ciudades aliadas se impu sieron un tributo para emprender la guerra asiática, y fue encargada la custodia de las sumas recogidas al vir tuoso Aristides, que falleció poco tiempo despues sin de jar siquiera con que pagar su entierro.

El vencedor de Platea, Pausanias, tomó el mando de las fuerzas reunidas. Bizancio y la isla de Chipre fueron arrebatadas á los Persas; mas henchido Pausanias de orgullo por tan prósperos sucesos, y corrompido por el oro de los Persas, proyectó reducir á su patria á la servi dumbre. Sus ocultos manejos llegaron à ser descubiertos; fué separado del mando, sentenciado por los éforos, y re ducido al estremo de tener que refugiarse en el asilo in violable de un templo. Nadie osó arrancarle de aquel lu gar sagrado; pero tapiaron las puertas del edificio y el traidor murió de hambre. La madre de Pausanias arrojó la primera piedra para el sepulcro de su hijo viviente. A tal grado llegaba entonces la virtud espartana.

## § III. ESPEDICION DE LOS GRIEGOS CONTRA LOS PERSAS

Encargose del mando el hijo de Milciades, *Cimon* valiente y entendido como *Temístocles*, y probó como *Aristides*; que impelido por el doble anhelo de humillar á la Persia y engrandecer á Atenas, obtuvo en sus trabajos resultados maravillosos. La ocasion para emprender una guerra contra los Persas no podía ser mas oportuna; el hijo de *Jerjes*, *Artajerjes Longimano* (474) habia por fin logrado subir al trono, tras de una porfiada guerra civil sostenida contra el asesino de su padre. *Cimon* asoló toda la costa de Asia que halló indefensa; y al topar con los Persas, aniquiló á la vez su escuadra y su ejército de tierra. Suspendióse el curso de la guerra á causa de una derrota que sufrieron los Atenienses en Egipto, en donde ese pueblo el mas ambicioso de la Grecia, fue á suscitarse nuevos enemigos. El capricho popular arrojó á *Cimon* á un destierro; pero se lo alzó muy presto, para que pudiera prevenir la general conflagración, que por causa de la ojeriza de Atenas y Esparta amenazaba devorar á la Grecia entera: Los talentos y la irreprochable conducta de *Cimon*, calmaron el descontento que levantaron las soberbias exigencias de su patria; hizo deponer las armas á los *Esparciatas*, y estableció la supremacia de los Atenienses: al morir de resultas de las heridas recibidas en la postrer victoria que alcanzó de los Persas, puso el sello á su gloria forzando al gran rey, al monarca soberano del mundo oriental, á firmar el acta ignominiosa que reconocia solemnemente la independenciam de las colonias griegas del Asia-Menor (449). El imperio de *Ciro* habia temblado á la presencia de una ciudad de Grecia. Pasado un siglo, esta misma Grecia dará de él completa cuenta.

## CAPÍTULO XIV.

HISTORIA DE LAS GUERRAS INTESTINAS DE LOS PUEBLOS DE LA GRECIA HASTA LA CONCLUSION DE LA GUERRA DEL PELOPONESO.

## SUMARIO.

Atenas en el apogeo de su pujanza. Emulacion de los pueblos de Grecia. Ambicion de *Pericles*. Principios de la guerra del Peloponeso. Guerra entre Corcira y Corinto; estiéndose por toda la Grecia. Invasion del Atica. Peste de Atenas. Muerte de *Pericles*. Prósperos sucesos de los Atenienses en el Peloponeso. Sufren una derrota en Delio. Paz de *Nicias*, *Alcibiades*. Renuevase la lucha. Expedicion de Sicilia: *Nicias*, *Lamaco*, *Demóstenes*. Desastre de los Atenienses. *Alcibiades* en Esparta. Victorias de los *Esparciatas*, *Alcibiades* en Asia; su regreso á Atenas. *Lisandro*. *Calicrátidas* vence á los *Arginosos*. Destruccion de la flota de Atenas en Egos-Pótamos. Sitio y toma de Atenas por *Lisandro*. Fin de la guerra del Peloponeso.

La época del tratado de *Cimon* fué para Atenas el periodo de su mayor lustre. Las victorias que contra el gran rey habia reportado ostentábanla como la ciudad mas brillante y civilizada del orbe. Mostrabase al frente de su gobierno el hombre mas capaz para conservar la duplicada supremacia del poder y de las luces; *Pericles*, no menos ambicioso, pero tan elocuente y astuto como *Pesistrato*; que llevado del deseo de dominar á su patria con brillante poderío, concibió el plan de elevarla sobre todos los estados de la Grecia. La religion, el patriotismo, el interes fueron los resortes que *Pericles* puso en juego para sugetar la Grecia entera al predominio de Atenas. Con la mira de constituir á Atenas centro general de la union de los pueblos, propuso que cada estado contribuyera á restaurar los templos de Atenas para cumplir en ellos los sacrificios prometidos á los dioses que habian humillado el poder de la Persia. Aplaudieron el proyecto varias ciudades de las ya sometidas, mas á otras llenó de indignacion esa propuesta, y mayormente á *Lacedemonia*, de suerte que bien tubo razon *Pericles* en exclamation « que preveia como se adelantaba precipitadamente la guerra por la parte del Peloponeso. »

un castigo como si fuera criminal, no le ocurrió otro medio de salvación, que el revelarse.

Hístico, á quien muy apesar suyo Dario retenia lejos de la Jonia y en su propia corte, favoreció los proyectos de Aristágoras; no tardaron en correr á las armas la mayor parte de las ciudades griegas, y en caer derribados por todas partes los tiranos establecidos por los Persas (504). En el ínterin, Aristágoras apuraba sus esfuerzos para hacer entrar á toda la Grecia en los intereses de su causa. Esparta rechazó su demanda, mas Atenas prometió ausiliarle con veinte galeras, y cuya flota añadieron los Eritreos algunos buques. Presentase instantáneamente esta flota ante los muros de Sardes, residencia del hermano de Dario; sorprendida la ciudad cayó en poder del enemigo, que la redujo á pavesas. A su noticia Dario bramó de furor; « Y pidiendo su arco, acomodó en él una flecha y asestandola contra el cielo, dicen, que exclamó. O Júpiter, ¡ojalá llegue á poder tomar venganza de los Atenienses! Y mandó á uno de los oficiales de su palacio, que cada día al servirle la comida le repitiese por tres distintas veces: Señor, acordaos de los Atenienses » (Herodoto). Los Jonios fueron castigados por su atrevimiento; y pagaron con multiplicadas derrotas en el continente las ventajas que habian reportado en el mar. Las ciudades menos importantes de la Jonia fueron cayendo palatinamente en manos de los Persas; el gefe de los rebelados, Aristágoras pagó con su vida el haber hecho traición á una causa que juzgó desesperada; y los Persas dueños del litoral, aglomeraron todas sus fuerzas para arremeter á Mileto, que era el foco de la insurrección: Hístico mismo, que patentizó entónces los proyectos que ábriga contra Dario, fué desechado por los Milesios, de quienes exigia á la fuerza le alzacen por gefe; y causó la decadencia de la Grecia por las divisiones que sembró en ella con su desmedida ambición.

En oposición suya los Persas se rebustecieron con el auxilio que les prestaron los Cilicios, los Egipcios, y mas que estos los Fenicios, émulos antiguos de la prosperidad de la Jonia, que les disputaba el monopolio del comercio del Asia con la Europa meridional; pudieron desde entónces reasumir en sus manos la esclusiva y general prepotencia mercantil. En una reñida batalla naval que

ocurrió en las aguas de la isla de Lada la flota jónica fué derrotada, merced á la traición de los Samios. Para la Jonia habia sonado ya la hora postrera; Mileto fué tomada por asalto; Hístico, cayó prisionero y fué puesto en cruz; todo el litoral sufrió un horroroso saqueo, y los Fenicios dejaron por do quiera huellas funestas de su tránsito. (498)

Dario hizo entónces memoria de los Atenienses.

Puesto *Mardonio*, yerno de Dario, al frente de un poderoso ejército de mar y tierra, tomó á su cargo emprender la invasión de la Grecia por la via de Tracia (496). Mas al paso que una tempestad desecha maltrataba la flota al doblar el monte Athos, las tribus salvajes y belicosas de la Tracia cayeron de improviso sobre el ejército de los Persas y mataron gran número de soldados. Mardonio se vió forzado á regresar al Asia sin haber siquiera podido entrar el pie en el territorio de la Grecia. (495).

Esto fué añadir nuevo ultraje á la venganza. En *Datis* y *Artafernes* aportaron no lejos de Atenas, pusieron en tierra quinientos mil hombres de desembarco, y reclamaron la tierra y el agua. Deseosos los Atenienses de hacer imposible todo acomodamiento, dieron muerte á los embajadores persas, y apelaron al socorro de los pueblos vecinos. Mas el terror se habia enseñoreado de la Grecia entera; casi todas las islas del archipiélago se habian sometido voluntariamente á la Persia, y las ruinas de Eritrea pregonaban que la venganza del gran rey seria tremenda. Solo los Plateenses osaron enviar á Atenas un refuerzo de mil combatientes: los Espartanos empuñaron las armas, pero retenidos por una ley ridicula que les prohibia ponerse en marcha hasta ocurrido el plenilunio, llegaron despues de conseguida la victoria. Nueve mil guerreros Atenienses, y los mil auxiliares de Platea fueron á acamparse en Maraton. Compartiéronse el mando de las tropas diez generales, entre ellos, *Milciades*, *Aristides* y *Temistocles*: al Ateniense Milciades cupo la arriessada honra de mandar en gefe á la sazón del combate, y la pericia de sus disposiciones suplió cumplidamente por el reducido número de soldados, « Ordenó su ejército en una encojida llanura, que ocupó con troncos y ramas de árboles para poner obstáculo á la caballeria de los Persas. Resguardaba las espaldas de los Atenienses una montaña